

# PENUMBRIA<sup>23</sup>



En la tienda de antigüedades del perverso Mefisto encontrarás parodias, críticas e historias antinavideñas. Esperamos que este número sea el bálsamo que necesitas.

Esta obra está licenciada bajo Creative Commons Atribución-NoComercial-SinDerivadas 3.0 No portada.

<https://creativecommons.org/licenses/by/3.0/deed.es>

## Torre de Johan Rudisbroeck

Esta época es peligrosa: corremos el riesgo de volvernos «normales». Por eso, haciendo sonar nuestro cuerno vikingo, convocamos a los autómatas de la ciudad del otoño perpetuo para que nos cubrieran con sus negras alas.

También invocamos a Krampus, amigo y residente destacado de Penumbria, para que se llevara a todos los niños malos (por malos nos referimos a todos aquellos que sucumban ante el espíritu navideño, cambiando las playetas negras por suéteres rojos y el metal por villancicos).

Así, en la tienda de antigüedades del perverso Mefisto encontrarás parodias, críticas e historias antinavideñas.

Esperamos que este número, el último del año, sea el bálsamo que necesitas.

Muchas gracias por acompañarnos este año. Nos vemos en el 2015.

¡Infeliz navidad y fantástico año nuevo!

*Miguel Lupián*

# **TIENDA DE ANTIGÜEDADES DEL PERVERSO MEFISTO**

## Disfraces en navidad

*Diana Beláustegui*

El tufo a navidad llegaba primero a las vidrieras de los comercios. Todos querían venderte todo. Todo era lo indicado para pasar la fiesta más emotiva, y los regalos que te ofrecían eran los indicados para que todos tus parientes te amaran. Todo era todo... y eso la hacía sentir como nada en la nada.

La gente le parecía un poco de mierda, pero no a la exageración a la que llegaba cuando era época de navidad. Parecía que se ponían de acuerdo para enloquecer al mismo tiempo y caminar apurados atropellándose unos a otros mientras compraban comida para atiborrarse en dos días o se probaban vestidos, pantalones, camisas, zapatos, bombachas, corpiños, calzoncillos, pieles, ojos, ADN, estrías, parásitos, sífilis.

La fiebre del consumismo era así, todo querían, todo debían tener, todos deberían ser hermosos. En época navideña ser creyente era cool, por lo tanto ella estaba al margen de esa locura. Mientras caminaba por las calles lo más cerca de las paredes para no ser embestida, maldiciendo por lo bajo, trataba de no hacer contacto visual y escupía dentro de las bolsas de compras cuando no la veían. En navidad, ser ella era sinónimo de agotamiento mental.

El 24 de diciembre, ni bien llegó de la oficina se sacó el disfraz de hembra afable y se sentó en el comedor oscuro con un sándwich de salame en la mano, una botella de vino en la otra y la esperanza de que todo acabara lo más pronto, cuando escuchó un leve sonido en una de las piezas.

Se levantó en silencio, se dirigió por el pasillo, inspeccionando, hasta que encontró la fuente del ruido y se paró a observar por el resquicio de la puerta abierta como un hombre entraba sigiloso.

Se emocionó al verlo caer al piso y levantarse casi encorvado tratando de acostumbrar los ojos a la oscuridad; se lo notaba elevar una oreja intentando escuchar algún indicio que delatara que alguien lo había escuchado; era un tipo al que le parecía mejor salir a robar que quedarse en la casa, con una sonrisa estúpida, festejando la navidad.

Retrocedió cuando lo vio avanzar. Se paró pegada a la pared, junto a una maceta que contenía una planta con tallos largos y lo sintió pasar por su lado, respirando agitadamente; lo veía por entre las hojas, estaba casi enamorada de él.

Inspeccionó las otras habitaciones y al no encontrar gente se sintió más seguro. Se dirigió al comedor aún con paso lento y ella detrás, extendiendo la mano, sin animarse a tocarlo, temiendo que se rompiera el embrujo que la tenía al borde del orgasmo.

Cuando creyó que estaba solo en la casa, se relajó completamente y con paso seguro buscó el interruptor de luz. La sala escasamente llegó a alumbrarse; observó curioso la lámpara e hizo un movimiento negativo con la cabeza: la persona que vivía ahí seguramente prefería Vivir a oscuras y no pagar una abultada factura de electricidad. Se había puesto las manos en la cintura y observaba todo. Lo primero que llamó su atención fue la *notebook*, se acercó a ella, la metió en la mochila mientras buscaba el car-

gador... Cuando lo encontró, intentó alzarlo y se le resbaló de las manos. El objeto cayó pesadamente produciendo un ruido fuerte, seguido de una risita casi histérica. Una ola de pánico le subió desde las piernas. Antes de entrar a la casa había tenido una sensación escalofriante que se negó a prestar atención.

Se agachó despacio y observó debajo de la mesa.

El 25 de diciembre era un día apático, la gente se quedaba en las casas durmiendo todo el día y los borrachos vomitando intermitentemente alrededor del inodoro.

Ella se sentía mejor los 25, podía salir a la calle y pasear con su disfraz de ama de casa sin temor a que la gente sospechara algo. En el país entero se hablaba de la inseguridad, pero a su casa habían entrado sólo dos veces.

Solamente dos veces, murmuró mientras esperaba que le vendieran medio kilo de pan y se sacaba la mugre de las uñas. En ambas ocasiones pensó que podría ser el amor de su vida, pero al intentar sacar los disfraces, siempre descubría que sólo era piel.

Solamente dos veces, se repitió mientras se daba cuenta de que la mugre en las uñas era sangre coagulada.

## ¿Te sientes hoy con suerte?

*Pablo Espinoza Bardi*

*Decidí comérmela. La llevé a una casa abandonada en Westchester en la que me había fijado. En el primer piso me desvestí completamente para evitar manchas de sangre. Cuando me vio desnudo se echó a llorar y quiso huir, pero la alcancé. La desnudé, se defendió mucho, me mordió y me hizo algunos rasguños. La estrangulé antes de cortarla en pedacitos para llevame a casa toda su carne, cocinarla y comérmela.*

Albert Fish

Esta es la fecha que más te gusta, ¿no es así? Todo es alegría, paz y amor, y eso se puede respirar en el ambiente desde que empieza diciembre, desde que terminan las clases. Pero hay que trabajar y es tiempo de sacar ese disfraz del baúl. Es tu época favorita en donde ellos salen felices de sus hogares enseñando sus desproporcionadas sonrisas. Pobres... ya puedes sentir aquellos pendejos sentados en tus rodillas... y lo mejor de todo es que sus padres lo consienten y te dan algo de dinero por ello... así es la navidad, pero dime: ¿Te sientes hoy con suerte?

A metros se puede sentir tu maligno hedor. Se podría decir que eres la turbiedad en su máximo estado. Eres la costra que de vez en cuando supura tragedia, pero tran-

quilo, no me hagas caso... sigue con lo tuyo, hoy puede ser uno de esos días, ¿quién sabe?

Siempre te presentas de la misma forma. Eres como una repulsiva caricatura que por décadas se viste igual. Pantalón, terno y camisa sebosa, además de una mariconcita corbata que resalta aún más tu patética personalidad, bueno, salvo en diciembre, en donde lo rojo predomina. Así vas de lugar en lugar, abriendo tu asquerosa boca que sabe guardar la mentira. Así escoges a tus víctimas. Siempre en los paraderos. Siempre afuera de las escuelas... pobre enfermo, ya puedes visualizar la cena, la mesa arreglada como tiene que ser... con hermosos motivos navideños, el vino, las ensaladas y las salsas, y por supuesto... la carne:

*Dios te salve mi niña  
llenita estás de mi gracia  
yo que soy tu señor me regocijaré contigo  
bendita eres como todas mis mujeres  
tu vientre será mi bendito fruto  
¡salud!  
santa mi niña  
tú que pronto verás a Dios  
ruega por nosotros los pecadores  
ahora y justo ahora en que te mueres  
a comer*

Te has preparado para esto desde siempre. Sólo es rutina... una simple rutina. Te calienta tener esa carne blanda en la boca... entonces tu cabeza empieza a trabajar con macabras secuencias y la sangre hierve y sudas, y metes la mano en el bolsillo sin fondo, y te la sacudes aferrado a la muralla, y al rato tu rostro no demora en revelar el placer, y el esmegma hiede en la mano con cada fricción, y entonces te limpias aquella rancia pasta en la barba, y continúas con el asqueroso ritual, y así vas más rápido,

más rápido, más rápido, más rápido, abajo y arriba, abajo y arriba, abajo y arriba, el fuerte olor te delata, tu jugada tiene que ser rápida, las más pequeñas siempre son las que caen, una de ellas sigue... puede ser... puede ser... como dije: ¿Te sientes hoy con suerte?

## La carcajada de Santa Claus

*Edith Esquivel Eguiguren*

Hoy en día, con la población humana superando los siete mil millones, Santa está más ocupado, pero en sus inicios había pocos niños en su lista. No sólo porque muchísimos caían muertos como moscas, incluso antes de nacer, sino también debido a que la niñez terminaba pronto, en cuanto se podía cargar una cubeta o salían pelos en donde no da el sol.

Fue por aquel entonces, quizá debido al ocio, cuando Don Claus entró a la crisis existencial de los cuarentones. Su esposa estaba cada día más gorda y el astigmatismo escondió sus bonitos ojos tras unos lentes gruesos y opacos. Las cosas ya no eran como cuando los dos se enamoraron. Aquel iglú que se derretía cada noche con la pasión de su juventud seguía sólido desde hacía mucho tiempo. Los aires gélidos del polo norte enfriaron su amor, o tal vez fue culpa de esa loca obsesión de Papá Noel por dedicarse en cuerpo y alma a esparcir el materialismo en la vida de los niños.

Sufriendo andropausia y en un intento desesperado por sentirse joven, Santa comenzó a importunarme con sus aproximaciones. En esos años mi jefe no estaba nada mal, su barba y panza eran postizas y yo era su asistente: me llamo Ignacia, pero él me decía Nacha de cariño. En

una de las horas muertas del verano en la juguetería, Don Claus insistió en que yo debía tomarle dictado en las piernas. Accedi, no por fácil, sino porque en aquel entonces admiraba su trabajo, y no pensé mal de su solicitud. Los dictados se hicieron frecuentes y el patrón empezó a propasarse. Yo no me opuse, pero no por fácil, sino porque no quería hacer más difíciles las horas de oficina.

Su esposa cegatona ni idea tenía. La libido de Santa se incrementó tanto, que todos los enanos fueron sustituidos por esbeltas y guapas enanitas, y la carga de trabajo sería se externalizó a compañías de países pobres que le daban empleo a muchos niños. Ahora ya despidieron a muchos de ellos, pues con el avance de la tecnología y la carga de trabajo, se vio en la necesidad de usar robots para las líneas de ensamble. Eso sí, no ha corrido a las inútiles obre-ritas. Siguen por ahí, dando vueltas por toda la fábrica, aunque ahora que Don Claus ha envejecido y el trabajo lo abruma, cada vez pasa menos tiempo viéndolas agacharse, levantarse y subir escaleras sin ton ni son. Yo no había querido hablar antes con los periódicos, porque mi jefe me seguía tratando bien, y la paga era buena. Lo cierto es que de todos modos me dolió cuando se aburrió de mí y me cambió a recepción. Es un trabajo terrible, recibir todas esas cartas de niños pobres, y tener que sentar en la sala de espera, por tiempo indefinido, a los pequeños riquillos suplicantes, pidiendo una cita con el jefe mientras él manosea a la secretaria nueva. Todos se preguntan de qué se ríe Santa y nadie me cree cuando les digo que se carcajea solamente cuando le vienen recuerdos de sus amoríos. Pero no daré más detalles de sus pecados lujuriosos, porque lo que realmente quiero revelar es un escándalo aun mayor del que todavía nadie se entera. Papá Noel tiene más redondo el megocio que la barriga. Recientemente entró a la industria de juguetes para adultos, y quiere utilizar los mismos medios de distribución que usa durante la Nochebuena, sólo que además de que los

niños le dejen leche y galletas, para encontrar por la mañana juguetes en el calcetín de la chimenea, Santa se llevará gustoso las braguitas que le regalen las chicas mal portadas y dejará los vídeos y artículos de látex en algún lugar estratégico. Esta subrepticia Navidad xxx tiene el objetivo de incluir a toda la familia en la magia de los festejos decembrinos, que normalmente animan más a los niños, No le fue bien en su primer intento de mercadotecnia. Unos vándalos destruyeron el gigantesco consolador inflable, de color verde y con cierta similitud a un árbol navideño, instalado en la emblemática plaza Vendôme, de París. ¿Qué por qué revelo todo esto? No es que yo sea espantada, pero cuando me quitó del puesto de recepción para cambiarme al área de pruebas de los nuevos juguetes, le puse un hasta aquí, y me despidió. Como le dije antes, no soy una fácil. Así están la cosas, decepción tras decepción, no se puede confiar en las instituciones, ni en las empresas, ni en las escuelas, ni en Santa.

## El pavo degollado

*Andrés Galindo*

Aquí estarás bien, Chucho; un poco incómodo, pero bien. Sentirás frío, eso sí; no te preocupes, en un momento más llegará Julia y, entonces, podremos comenzar a preparar la cena. Sí, ya sé que desde lo de mamá no te has podido llevar bien con ella. Tú con tu sangre pesada y ella, bueno, ya sabes cómo es, siempre tan dulce. ¿Te acuerdas cuando se cortó con mi cuchillo y le chupamos el dedo?; ya desde entonces sabíamos que era una niña muy simpática y alegre. En cambio tú, siempre con ese mal humor, siempre tan duro y complicado. Por eso te pedi que llegaras antes, para que tomaras unas copas de vino y te fueras relajando. Ya verás que durante la cena todo estará mejor. Después de todo, algo tienen en común ustedes dos: la avaricia no los ha dejado vivir en paz desde que murió mamá. Pobre, si viera que yo, su hija la rarita, fui la que heredó su sazón.

Si alguna vez alguien descubre el secreto de mi receta, seguramente pensará que estoy loca. Mamá solía decir que en la cocina hay que experimentar. La mayoría de las familias prepara el pavo con un vulgar relleno de carne molida. Mi madre opinaba que eso era un signo de mediocridad, de poca imaginación y de mal gusto en el paladar.